

po? Aquel sistema funcionaba bastante bien cuando se trataba de preparar a los hombres como guías hacia un mundo mejor, pero, ¿cuáles son sus efectos como preparación para una actividad productiva en el presente?

El proceso de adaptación es penoso, a tal extremo que se requieren ahora grandes esfuerzos para organizar una oficina general de empleo entre las universidades para obtener trabajo a los graduandos. ¿No es asombroso que sea necesario instar al mundo para que ocupe a hombres y mujeres que durante veintidós años han recibido una educación que se supone extremadamente valiosa para el mundo? ¿Por qué es que las únicas clases para quienes la comunidad necesita proveer oficinas de empleo son la de soldados inválidos y la de universitarios? A todas luces, el hombre que sólo posee un brazo necesita ayuda especial para conseguir trabajo. Pero, ¿no es depresivo para nuestro sistema de educación que individuos que tienen sus dos brazos, *plus* cuatro u ocho años de estudios especiales necesiten que alguien inste al mundo para que les dé ocupación? Si todas las escuelas y colegios que ahora existen desaparecieran de improviso de la noche a la mañana, y tuviéramos que formular sin precedente ni prejuicio alguno un sistema escolar que hiciera hombres y mujeres idóneos para triunfar en la vida, dadas las actuales condiciones del mundo industrial, ¿seguiría este sistema líneas análogas a las de aquel que nos ha sido transmitido?

He aquí otra cuestión que ha estado revolviéndose en mi mente por algún tiempo: Si Abraham Lincoln hubiera asistido a la universidad, ¿habría, por ventura, llegado a ser presidente de los Estados Unidos? Lo dudo. Habría aprendido que los caballeros no usan guardapolvos de lino, ni interrumpen serias reuniones de negocios refiriendo un chiste. Esto no se acostumbra. Habría obtenido su grado pensando, hablando y asumiendo continente igual al de los otros ciento tres miembros de la clase de graduandos. Habría llegado a ser un próspero y eficiente miembro del cuerpo de abogados, pero no habría sido nunca nuestro «Padre Abraham». Expresaba algunas de estas opiniones a uno de nuestros viejos estadistas que ha tenido vasta experiencia en Washington.

—Paréceme a veces que todas las personalidades interesantes de otro tiempo estuvieran desapareciendo del mundo,—observé,—y que no florecieran otras nuevas para reemplazarlas. ¿Dónde están los Cháuncey Depews y los Tío Joe Cannons de nuestra generación? ¿Dónde están los hombres que hacían del senado de antaño un lugar de reunión de personalidades tan vigorosas? El senado y la cámara de diputados cuentan número mucho mayor de miembros que en que en otro tiempo, pero tienen un ambiente opaco, gris y monótono. ¿Obedece esto a que yo haya envejecido tanto que los senadores no me inspiran ya reverencia? ¿O hay algo de cierto en la sospecha de que no producimos ya *personalidades* vigorosas, *extraordinarias*?—

El estadista lanzó una vehemente exclamación. —De esto tiene la culpa...el sistema de educación,—murmuró.—Los viejos crecían en sus haciendas; vivían aislados mucho tiempo y tenían que pensar por sí mismos; estaban obligados a fabricar cuanto usaban, y eso les daba plena confianza en su capacidad para emprenderlo todo y hacerlo todo. Tenían nociones propias sobre la vida, y las expresaban con vigor. Pero esto pertenece al pasado. Ahora, desde que un chico tiene cinco años hasta que llega a los veinticinco, se le encierra en la chaqueta ajustada y se le alimenta con cuchara. El hombre de la pasada generación era hecho a mano; el hombre educado de nuestros días es un producto mecánico; tiene una brillante y seductora apariencia, pero está cortado en líneas tan semejantes a las de los otros como un par de automóviles de Ford.—

El decano de cierta universidad, que se hallaba cerca de nosotros, intervino en este momento: —Creo que me sería muy fácil probar a ustedes que sin los Fords la vida moderna carecería de muchas ventajas,—arguyó.

Desde luego, hay mucho de verdad en esto. Y probablemente no deberíamos esperar de nuestras instituciones educativas otra cosa que un producto artificial; quizá si la mejor manera de deslizarse en la vida sea identificarse con todos los demás, no hacer nada diferente, no pensar sino ideas trazadas de antemano. Muchas personas respetables lo creen así indudablemente; hacen ingresar a sus hijos a escuelas preparatorias de gran tono y en universidades socialmente reconocidas. Virtualmente dicen a sus hijos: «El elemento del azar no entra en tu carrera, hijo mío; no hay sorpresas, no hay grietas en la valla a través de las cuales pudieras escapar en alguna nueva o inesperada dirección. He aquí el cuadro de lo que serás a los diez, a los veinte, a los treinta, a los cuarenta años. Tendrás apariencia exactamente a la de todos los demás niños de nuestro grupo social, pensarás como ellos, actuarás como ellos. Nosotros, tus padres, que hemos pasado por idéntico proceso y estamos perfectamente satisfechos con nosotros mismos, hemos procurado cuidadosamente que así sea».

La escuela a que asiste mi hijo toma, hasta donde yo puedo comprenderlo, diferente punto de vista. Asume que el Todopoderoso

ha puesto en cada niño una pequeña chispa de individualidad, y que esta chispa representa por lo común el don más precioso en el universo. Cuida no solamente de que esta chispa no llegue a extinguirse en el proceso de la educación, sino que la alimenta para que se convierta en llama. Este sistema no sólo representa, a mi entender, un concepto más reverente de la educación, sino que la hace al mismo tiempo más interesante. No deseo yo que mi hijo se me parezca (¡Dios nos libre!) ni que piense como yo, ni viva la vida restringida, estrecha y mezquina que yo he llevado. No quiero que siga los negocios que yo he seguido, ni quiero influir en manera alguna en la elección de su carrera. Ya tenga el don de predicador o de salteador de trenes, deseo que saque el mayor provecho posible de sus dotes. Y creo que tal es el propósito de su escuela.

#### VIVIR LA VIDA

HACE algunos años había un caballero llamado Amos Bronson Alcott que tenía varias hijas muy interesantes. Una de ellas escribió *Little Women* (Mujercitas). Alcott era maestro de escuela hasta que sus padres y la junta directiva de la escuela protestaron contra sus ideas modernistas y le quitaron el puesto. Antes de que el hacha cayera, sin embargo, había cambiado las cosas en forma considerable. Hizo abstracción de libros de texto añejos y de la mayor parte de las ideas aceptadas respecto de la disciplina. Decoró bellamente las salas de estudio.

«Además de las estatuas y cuadros de la sala de clase, agregué hoy una hermosa escultura representando el Silencio», escribía. «Eso me ayudará a mantener la disciplina... He pedido a Inglaterra ejemplares de *The Pilgrim's Progress* (El progreso del peregrino) y de *The Faerie Queene* (La reina de las hadas), porque no ha sido posible conseguir en Boston ediciones de lujo... Con excepción de mi escuela, no sé que en parte alguna de los Estados Unidos se haya dedicado especial atención a la cultura de la imaginación; rara vez oigo hablar de la importancia de este punto. Y, sin embargo, si hay hecho alguno reconocido por la historia, es el de que la imaginación ha sido el impulso que guía a la sociedad».

Alcott usaba una frase que hacía rechinar los dientes a los tradicionalistas. «El verda-

Si desea usted calzado fino y elegante pase a la

Zapatería ROMERO

Situada 75 varas al Oeste de la Botica Francesa

Teléfono 302

Será atendido personalmente por su propietario